

NUESTRO FOLKLORE



Ángeles en la cúpula de la iglesia de Robledo de Corpes.



Ángel de la Loa y Danza de Utande (Guadalajara).



Pelicano con sus crías. Sagrario de la iglesia de Bonilla de la Sierra (Ávila).



JOSÉ ANTONIO ALONSO
ETNÓLOGO

El bien y la gloria celeste en el imaginario popular

■ Sobre algunas imágenes ideales que representan el bien y la gloria en el folklore y en el arte

Acaba de finalizar la Semana Santa y también la Cuaresma, ese tiempo de reflexión y frugalidad para los creyentes. El Domingo de Pascua viene a marcar un nuevo tiempo, ya que supone el triunfo del bien sobre el mal y sobre el pecado con la Resurrección de Jesucristo. En nuestra tradición, el apaleamiento, disparo y quema de los Judas son actos simbólicos que representan la purga de los pecados y el triunfo del bien sobre los males colectivos e individuales, la regeneración social y el volver a empezar, el “borrón y cuenta nueva”, en suma.

Hablábamos, hace unas semanas, en estas mismas páginas, sobre el mal y la tentación en nuestro folklore y comentábamos acerca de esa visión maniquea, tan arraigada en nuestra sociedad que tiende a distinguir, de forma rotunda, entre el bien y el mal. Y claro, tratamos solamente los aspectos relacionados con el mal, sus manifestaciones y sus imágenes. Hoy trataremos, brevemente, de la bondad, de la iconografía del bien y de algunos aspectos relacionados con ese tema.

La cuestión es tan amplia que podríamos escribir largo y tendido sobre ello, pero vamos a pararnos en algunos aspectos puntuales, para no perdernos. Si recordamos, hablábamos de esa visión del mundo que sitúa por lo general los seres malignos y diabólicos en el subsuelo, mientras que, por el contrario, todo lo bueno se ubica en la bóveda celeste. Allí arriba viven los dioses buenos, los santos, los ángeles y

arcángeles, aunque también esto tiene sus excepciones -recordemos las brujas surcando los cielos, con sus escobas voladoras, o algunos duendes malignos y dioses enojados propiciadores de tormentas y desgracias-. La vida sobre la tierra es, según muchas creencias, un periodo de tránsito, después del cual, dependiendo de las obras, las almas de los difuntos se elevarán al cielo para gozar del paraíso o descenderán a los infiernos.

El arte religioso está lleno de este tipo de representaciones. **Las cúpulas de nuestras iglesias** recogen frecuentemente esa recreación ideal de la **gloria celeste**, en la que no faltan **figuras angelicales**, acompañadas por medallones en las que se suelen situar los evangelistas, aprovechando las cuatro pechinas de las esquinas sobre las que descansa la cúpula. En nuestro ámbito, la Iglesia Católica necesitaba recrear esa visión de la gloria como fórmula catequética para los fieles; en los retablos se encuentran las figuras de la Divinidad y de las distintas advocaciones y patronazgos; en las cúpulas aparecen frecuentemente esas imágenes ideales de los ángeles que, a veces, nos llaman la atención por su sencillez e ingenuidad; en algunos casos aparecen representados simplemente con las cabezas y las alas que denotan su ubicación celeste. Los cuerpos quedan reducidos,

frecuentemente, a simples abdomenes que recuerdan al cuerpo de las abejas. En suma, estos ángeles son representados como aves o insectos, como animales celestes, casi incorpóreos. Esas imágenes quedaron grabadas en mi retina de niño serrano y ahora, 60 años después, me reencuentro con ellas y las evoco cada vez que visito una iglesia y veo otras similares.

En nuestro folklore, algunas **aves** tienen esa relación con el bien: según la tradición oral, las golondrinas tienen una mancha roja bajo el pico porque fueron las que quitaron las espinas de la corona de Jesús, quedando la sangre sagrada reflejada, ya para siempre, en su plumaje; por eso estas aves han gozado siempre del respeto popular; esa creencia secular les ha permitido construir sus nidos alfareros bajo los aleros de las casas y en el interior de los corrales. También las **cigüeñas** han gozado del afecto popular por su supuesta relación con la procreación, ya que la tradición las hace portadoras de los infantes recién nacidos y colaboradoras de la agricultura en la limpieza de los campos, puesto que construyen sus nidos con ramas secas y se alimentan de insectos, gusanos, reptiles, etc. -no olvidemos la relación de muchos reptiles con el mal en nuestra cultura que ya hemos comentado en varias ocasiones-

Pero, si hablamos de aves relacionadas con el bien, no podemos olvidarnos del **pelicano**; en este caso hablaríamos de un icono artístico muy extendido que va más allá del mundo tradicional. Esta ave se representa frecuentemente en las puertas de los sagrarios y es tenida, en la cultura cristiana, como un ave que se pica el propio pecho para autoinmolarse y dar de beber a sus crías de su propia sangre, de ahí que se haya convertido en símbolo de la Resurrección y del propio Jesucristo.

En nuestro artículo sobre las representaciones populares del mal, mencionado al principio, comentábamos esa ambivalencia de nuestras botargas, relacionadas con el mundo de la agresividad y los personajes animalescos y diabólicos, por un lado y sin embargo propiciadoras del bien, de la fecundidad de la tierra y de las mujeres, y de los buenos augurios por otra parte; también traíamos a colación la existencia de diablos y personajes demoníacos en algunas representaciones escénicas populares de nuestro entorno (autos y loas de Molina, Utande o Valverde); pero en nuestro teatro popular el bien triunfa sobre el mal y esa idea del bien tiene también sus personificaciones, en este caso, **ángeles** que, en algunos casos, están encarnados por niños que, con sus espadas, acaban derrotando al mal.

PUNTO DE VISTA



PEDRO VILLAVERDE EMBID

Procesiones y toros

Y seguimos en esta España nuestra, en una provincia rica en tradiciones, fiestas y folklore. A lo largo del periódico contemplamos hoy la solemnidad, la vistosidad, la devoción y el costumbrismo en la celebración de la Semana Santa con pasos procesionales con siglos de historia saliendo con igual ritual que antaño, con simbologías recuperadas como el Descendimiento de la Cruz en la catedral de Sigüenza. Pasiones vivientes, procesiones, monumentos en las iglesias ante los que rezar en los días más importantes para el cristianismo, gastronomía típica como las monas de Pascua o las torrijas y gestos como la quema del Judas, en el que se da su merecido al traidor, que en algunos pueblos, como Huertapelayo, constituye por sí solo suficiente atractivo para que sus hijos u oriundos se desplacen *ex profeso* para verlo. Seguimos fieles a nuestras raíces, orgullosos de ellas y además los más jóvenes las siguen con entusiasmo garantizando con este relevo generacional su futuro.

Y hablando de fiestas, la nacional, la de los toros, también tiene un arraigo importante entre la población. Pronto comenzarán las sueltas de reses por campos y calles, las novilladas, los festejos, y con luz propia, dentro del calendario nacional, resalta la corrida de primavera de Brihuega que tendrá lugar este sábado y que además de figuras del toreo de renombre, se caracteriza por su componente social, tanto por los famosos que pueblan las barreras, atrayendo la expectación del aficionado, como por las miles de personas que aún no entrando en la plaza, recorren las calles, comen en la localidad, generan bullicio, algarabía, alegría, ambiente. Es un día grande para un pueblo en permanente crecimiento, recuperación de patrimonio, incorporación de espacios para disfrute del visitante. El jardín de la alcarria es punto destacado del turismo. Toros y procesiones siguen formando parte del ADN de los que habitamos en esta provincia.